



La ONU interviene para cicatrizar el conflicto racial entre Armenia y Azerbaiyán

La región de Nagorno Karabaj se ha convertido en el centro de la crisis social entre los dos estados, que no ceden en sus respectivas reclamaciones sobre la soberanía de ese territorio. Sin embargo, en los últimos meses ha escalado la intensidad en los ataques verbales entre países, hasta el punto de que la ONU se ha visto obligada a intervenir a través de su principal órgano judicial

JULEN CHAVARRÍAS FABÓ - BARCELONA

En septiembre de 2020, un viejo trauma renació en el corazón de la región de Nagorno Karabaj. El día 27 de ese mes, Azerbaiyán movilizó sus tropas en la fina frontera que divide Nagorno Karabaj con Armenia y atrae el foco internacional al ser el núcleo de los conflictos entre ambos países. La ofensiva azerí, planteada como un ataque relámpago, se alargó hasta las seis semanas y se cerró con la muerte de 6.000 personas y la reapertura de una herida que se había mantenido cicatrizada durante 26 años. Armenia y Azerbaiyán volvían al punto de partida en un conflicto complejo donde se conjugan disputas religiosas, étnicas y sociales.

Antecedentes históricos

Las disputas en esta región se remontan a un siglo XX de cambios profundos en la geopolítica internacional, cuando el otrora líder soviético

Joseph Stalin cedió, en el año 1923, la administración de la región de Nagorno Karabaj a Azerbaiyán en calidad de región autónoma. Años más tarde, las voces que reclamaban una mayor autonomía para la región crecieron ante la mirada pasiva del gobierno soviético, hasta que el movimiento independentista de 1988 reclamó vehementemente la reunificación de Nagorno Karabaj con Armenia.

Ante la decadencia política, económica y social de la URSS, que caía como un castillo de naipes a finales de la década de los 80 e inicios de los 90, ambas regiones se acogieron a la 'doctrina Sinatra' pregonada por el gobierno soviético de Mijail Gorbachov, según el cual permitían a las repúblicas del satélite soviético a solucionar su gestión interna y determinar su evolución política. De este modo, tanto Armenia como Azerbaiyán no vacilaron a la hora de declarar su independencia a inicios de los años 90 e iniciaron todos los preparativos para



enfrentarse frontalmente por la región de Nagorno Karabaj, aunque las primeras hostilidades ya se habían iniciado en 1988 a raíz de la insistencia independentista.

La guerra se enmarcó en un contexto de pobreza generalizada en ambos territorios, pero no frenó el ímpetu nacionalista para reclamar un territorio que ambas partes reconocían como suyas. Finalmente, Rusia medió para hallar una solución al conflicto y el alto al fuego se decretó en 1994. El resultado de

las negociaciones sembró las semillas que, en un futuro, germinarían sentimientos de rencor en los ciudadanos azeríes.

En el pacto, las fuerzas armenias se vieron reconocidas con el 16% del territorio internacionalmente considerado azerí. Mientras tanto, Nagorno Karabaj seguía en un limbo institucional, aunque los dos territorios seguían reclamando su soberanía sobre la región.





Con el fin de la guerra, se creó el Grupo Minsk de la Organización para la Seguridad y la Cooperación en Europa (OCSE), que trataría de mantener diálogos de paz y gestiones diplomáticas para garantizar el fin de las hostilidades.

La herida vuelve a supurar

El escepticismo entre armenios y azeríes no disminuyó con la tregua lograda en 1994 y retomó su intensidad durante una semana fatídica de 2016. En la denominada como Guerra de los cuatro días, fallecieron unas 350 personas entre civiles y militares, aunque las cifras bailan hacia arriba o hacia abajo depende de la fuente de información que se consulte. Sin embargo, con el retorno a las armas se volvía a abrir una herida entre los dos estados que supuraría durante un largo tiempo.

El primer fin de semana de abril de 2016, la frontera entre Nagorno Karabaj y Armenia se volvía a teñir de rojo ante los bombardeos que asolaban los pueblos y asentamientos de mayoría armenia. Azerbaiyán tomó la delantera en la ofensiva debido a su mayor despliegue militar y gracias al apoyo ofrecido por Turquía, que ha provisto de recursos y drones al ejército azerí en su disputa contra Armenia. Finalmente, cada estado veló por el estado de ánimo de sus combatientes: Azerbaiyán defendía el éxito de la intervención y se declaraba victoriosa mientras que Armenia se jactaba de haber repelido a las fuerzas azeríes.

De nuevo, gracias a la mediación de Rusia, a los cuatro días del inicio de la guerra se logró pactar un nuevo alto al fuego. Sin embargo, el retorno a las hostilidades supuso un capítulo más de un conflicto no resuelto en el Cáucaso Sur que seguía amenazando una guerra de alcance global, pese a que ningún país había tomado partido por ninguna de las dos partes. Por ahora. Aun así, sirvió para observar que Azerbaiyán tenía una capacidad armamentística superior y una capacidad de reconstrucción importante tras el declive moral de 1994.

2020, un año para olvidar

Hasta septiembre de 2020, Armenia y Azerbaiyán vivían en una paz artificial y, pese a las violaciones constantes que ambos países denunciaban mutuamente, ninguno de ellos encendía la chispa necesaria para incendiar el fusible de la guerra. Sin embargo, todo cambió a finales de este mes. Azerbaiyán inició un ataque relámpago y en tan solo seis semanas obtuvo una victoria aplastante. El ejército azerí, dopado con los recursos y el armamento que le ofrecía Turquía, recuperó una parte de territorio crucial en términos geoestratégicos, hecho que supuso un trauma en la población armenia. La localidad de *Choucha* - anteriormente conocida como *Chouchi*, según la denominaban los armenios- caía en manos de Azerbaiyán y simbolizaba la aproximación de Azerbaiyán a menos de 15 kilómetros de



Stepanakert, capital de la República de Artsaj, enclave de la región del Nagorno Karabaj no reconocido internacionalmente.

El simbolismo generado por el cambio de nombre de la localidad de *Choucha* producía la supuración de una herida que parecía abrirse hasta un punto de no retorno. Aparte del traumático panorama causado por el uso de artillería sobre la población civil, el gobierno armenio sufría una crisis de fe. Los índices de popularidad del presidente de Armenia, Nikol Pashinian, se desplomaron al ver que la oposición lo definía como un mal líder por no haber defendido sus fronteras, pese haber decretado la ley marcial y movilizado a sus tropas a lo largo del territorio.

Finalmente, la ofensiva azerí se cerró con 6.000 muertos y la recuperación de una porción de tierra de enorme significado para la moral de Azerbaiyán. Como en las últimas ocasiones, Rusia volvió a actuar como delegado de clase para mediar en el conflicto entre ambos estados y selló un nuevo alto al fuego a principios de noviembre. Esta segunda escalada, notablemente superior a la de la Guerra de los Cuatro Días en 2016, activó el interés de la comunidad internacional en la región y suscitó las primeras declaraciones al respecto de determinados países como Francia.

El Tribunal de la ONU toma juego en la disputa

La posición intervencionista de Rusia, que envió hombres a Nagorno Karabaj a finales de 2020 para

asegurarse que los dos estados cumplieran la tregua, garantizó que tanto Armenia como Azerbaiyán guardaran de nuevo todo su armamento en su arsenal, pero no pudo detener el inicio de una guerra dialéctica que intoxicaba los derechos humanos y sumía a ambos países en la desoladora vorágine del discurso del odio.

De este modo, el pasado 16 de septiembre Armenia demandó formalmente a Azerbaiyán ante la Corte Internacional de Justicia de Naciones Unidas, asegurando que el país vecino estaba acometiendo “discriminación racial”. En la misiva dirigida al principal órgano judicial de la ONU, Armenia asegura que sus ciudadanos “han sido objeto de discriminación sistémica, asesinatos en masa, torturas y otros abusos” debido al papel que ha tenido Azerbaiyán en “someter a los armenios a la discriminación racial”.

La respuesta azerí no se hizo esperar y tomó el conducto que todo el mundo esperaba: negar todo lo denunciado por Armenia y aseverar que eran ellos los que se veían sometidos a la discriminación racial. Ante esta controvertida situación, el Alto Tribunal de la ONU impuso a ambos países una serie de medidas cautelares y provisionales para suavizar la tensión por las consecuencias del conflicto de Nagorno Karabaj.

Esta intervención jurídica por parte de la Corte Internacional de Justicia de Naciones Unidas no tiene precedentes y supone la primera vez que la institución pone un límite jurídico a los delitos de



odio. El principal motivo de la ONU para decir basta ha sido el carrusel de insultos e improperios que ambos países se han dedicado en los últimos años. Se han llamado “bárbaros”, “animales”, “fascistas”, “enemigos”, “de naturaleza cobarde” o, incluso, que “no merecen estar en la Tierra”.

El tribunal entiende que esta miscelánea de ofensas siembra la posibilidad de alentar a los ciudadanos de ambos países a cometer acciones contrarias al interés de la comunidad internacional. Las resoluciones del TIJ, como órgano que soluciona los dimes y diretes entre Estados, son inapelables y la aplicación de sus decisiones depende de la voluntad de las partes.

Sin embargo, según indica Emmanuele Diehl, profesora en el Grado de Relaciones Internacionales y en el Máster en Periodismo Internacional en la Universitat Ramon Llull, la “Corte Internacional de Justicia no tiene un mecanismo que imponga un seguimiento o que fuerce a ambas partes a cumplir con estas medidas cautelares.” Aun así, matiza Diehl, “sí que comenta que ambos países son parte de la Convención para la Eliminación de la Discriminación Racial (CERD) (*Convention against the Elimination of Racial Discrimination*), y por tanto nos podríamos referir

a ella (para así ejercer presión) para que los países hicieran cumplir/ejecutarán las cláusulas de los tratados y cumplieran sus obligaciones a nivel internacional.

Con esta intervención, sin precedentes en la historia de la Organización de las Naciones Unidas, se busca evitar un nuevo conflicto armado entre ambos países que pueda sacudir todo el tablero internacional e implique a más estados en una disputa que ya ha entrado en el delicado mundo del discurso del odio. Estas medidas cautelares suponen los últimos puntos de sutura en una herida que la comunidad internacional espera que no se reabra.

Julen Chavarrías Fabó

Periodista y estudiante del Máster de
Comunicación Política e Institucional en la
Barcelona School of Management – Universitat
Pompeu Fabra.

Barcelona

Fuentes de referencia:

- Isabel Ferrer: “El Tribunal de Justicia de la ONU se planta por primera vez ante el discurso del odio.”, El País, 1 de enero de 2022.



- Blanca Castro: “La ONU pide a Armenia y Azerbaiyán reanudar las negociaciones y permitir la ayuda humanitaria.” Euronews. 5 de diciembre de 2021.
- Agencias: “La ONU le pide a Armenia y Azerbaiyán el fin de las hostilidades”. El Confidencial. 27 de septiembre de 2020.
- Manuela Cano: “Armenia y Azerbaiyán pactan un alto al fuego tras enfrentamientos fronterizos.” France24. 16 de noviembre de 2021.
- Europa Press: Armenia demanda a Azerbaiyán por “discriminación racial” ante la Corte Internacional de la ONU.” Europa Press. 17 de septiembre de 2020.
- EFE: “El alto tribunal de la ONU ordena a Azerbaiyán y Armenia a rebajar la tensión”. EFE. 7 de diciembre de 2021.
- Convención Internacional sobre la Eliminación de todas las Formas de Discriminación Racial. 4 de enero de 1969.
- France24. “El trauma en Nagorno Karabaj, la herida abierta de los armenios”. France24. 19 de abril de 2021.
- France24. “La historia de Armenia, un genocidio sin fin”. France24. 23 de abril de 2021.

Publicado por:



**Asociación para las
Naciones Unidas
en España**
United Nations Association of Spain

Con el apoyo de:



**Generalitat
de Catalunya**

ANUE no hace necesariamente como suyas las opiniones expresadas por sus colaboradores.
